

**OSCAR WILDE**

**EL FANTASMA DE CANTERVILLE**  
y otros relatos

Prólogo de  
Luis Alberto de Cuenca

Traducciones del inglés de  
Ricardo Baeza y Fernando Humanes



**Siruela** Tiempo de Clásicos

# Índice

## **Prólogo**

Luis Alberto de Cuenca 9

## EL FANTASMA DE CANTERVILLE y otros relatos

El fantasma de Canterville 19

El crimen de lord Arthur Savile 49

El Príncipe Feliz 49

El Ruiseñor y la rosa 49

El Gigante egoísta 49

## El fantasma de Canterville (Cuento Hilo-idealista)

### I

Cuando el ministro de los Estados Unidos, Mr. Hiram B. Otis, compró el castillo de Canterville, todo el mundo le dijo que hacía una locura, pues era evidente que aquel lugar estaba embrujado. Claro, que el mismo lord Canterville, hombre de lo más puntilloso en cuestiones de honor, juzgó que era su deber advertir a Mr. Otis sobre esta particularidad cuando entraron en tratos.

—Nosotros mismos no hemos vuelto a vivir allí —expuso lord Canterville— desde que mi anciana tía, la duquesa viuda de Bolton, contrajo una grave enfermedad, de la que no logró recobrase nunca, a causa del terror que le produjo sentir sobre sus hombros dos manos esque-léticas cuando estaba vistiéndose para la cena. Además, me creo obligado a decirle, Mr. Otis, que el fantasma ha sido visto por varias personas de la familia, aún vivas, y también por el párroco de la localidad, el Rdo. Augustus Dampier *fellow* del King's College de Cambridge. Después del lamentable incidente ocurrido a la duquesa, ninguno

de los criados quiso continuar a nuestro servicio, y lady Canterville lograba raramente conciliar el sueño, debido a una serie de ruidos misteriosos que se producían del lado de la galería y la biblioteca.

–Milord –respondió el ministro–, me quedo con el mobiliario y con el fantasma por lo que valgan. Procedo de un país moderno, donde tenemos todo lo que se puede adquirir con dinero y dada la diligencia de nuestros bravos compatriotas en juerguearse por todo el Viejo Mundo y en robarles a ustedes sus mejores cantantes y actrices, sospecho que si hubiera habido algún fantasma en Europa, ya lo tendríamos en América, en un museo o en una barraca de feria.

–Temo que el fantasma exista –dijo sonriendo lord Canterville–, aunque haya podido resistir hasta ahora a las ofertas de los audaces empresarios americanos. Ha dado pruebas sobradas de su existencia desde hace tres siglos; desde 1584 exactamente; y cada vez que alguna persona de la familia va a morir, no deja de hacer su aparición.

–¡Oh!, si vamos a eso, lo mismo hace el médico de la familia, lord Canterville. Pero los fantasmas, amigo mío, no existen; y supongo que la Naturaleza no habrá hecho una excepción en favor de la aristocracia británica.

–Se ve que ustedes los americanos son muy aficionados a la Naturaleza –contestó lord Canterville, no alcanzando a comprender exactamente la última observación de Mr. Otis– pero, tanto mejor, si no le importa a usted tener un fantasma en casa. Yo, por mi parte, se lo he advertido; espero que no lo olvidará usted.

Pocas semanas después, se legalizó la venta, y al finalizar la *season*, el ministro y su familia se trasladaron al castillo de Canterville. La señora de Otis, que de soltera como miss Lucretia R. Tappan (de West 53 Street) había

sido una de las bellezas más celebradas de Nueva York, era a la sazón una hermosa señora, de edad madura, con unos ojos magníficos y un perfil soberbio. Muchas damas americanas, cuando abandonan su país natal, adoptan una enfermedad crónica, bajo la impresión de que esto significa en Europa un gran refinamiento; pero la señora de Otis nunca había caído en este error. Poseía una espléndida constitución y una vitalidad realmente extraordinaria; como que, en muchos sentidos, era toda inglesa y un ejemplo vivo de que, en realidad, hoy día nada nos separa de los Estados Unidos; como no sea el idioma, naturalmente. Su hijo mayor, bautizado con el nombre de Washington por sus padres, en un acceso de patriotismo, que el interesado lamentara toda su vida, era un muchacho rubio y bien parecido que, dirigiendo el cotillón en el casino de Newport, durante tres años consecutivos, había hecho méritos bastantes para ingresar en la diplomacia norteamericana; sin contar que, aun en el mismo Londres, era conocido como un excelente bailarín. Las gardenias y la nobleza eran su única debilidad; por lo demás, extremadamente razonable.

La señorita Virginia E. Otis era una muchachita de quince años, esbelta y graciosa como un corzo y con una dulce expresión de candor al par que de franqueza en sus anchos ojos azules. Era, además, una amazona sorprendente, y, en una ocasión, había corrido sobre su jaca en competencia con el viejo lord Bilton y después de dar dos veces la vuelta al parque, le había ganado, llegando ante la estatua de Aquiles con un cuerpo y medio de ventaja, lo que provocó tan gran entusiasmo en el joven duque de Cheshire que se declaró a ella acto seguido; razón por la cual sus tutores le enviaron a Eton aquella misma noche, hecho un mar de lágrimas. Tras de Virginia, venían los

gemelos, a quienes habitualmente se les llamaba «las Estrellas y las Barras»\*, porque estaban siempre dando motivos para que les zurraran. Eran dos chicos encantadores y, exceptuando al digno ministro, los únicos republicanos sinceros de la familia.

Como el castillo de Canterville está a siete millas de Ascot, la estación de ferrocarril más próxima, el señor Otis había teleografiado que enviaran una carretela, en la que montaron todos rebozantes de alegría. Era un atardecer de julio delicioso y el aire estaba saturado del aroma de los pinos. De vez en cuando, se oía el dulce arrullo de las palomas torcaces y entre los helechos susurrantes se entreveía el bruñido peto de un faisán. Ardillas diminutas les atisbaban al paso desde las hayas y los conejos huían precipitadamente por entre la maleza y por encima de las lomas musgosas, con el rabillo erguido. Pero, cuando entraron en la avenida del castillo de Canterville, el cielo se encapotó inesperadamente; una extraña quietud pareció invadir la atmósfera; una gran bandada de cornejas pasó silenciosamente sobre sus cabezas y, antes de llegar al castillo, comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia.

De pie, en la escalinata, les aguardaba una anciana, pulcramente ataviada, con un vestido de seda negra y una cofia y un delantal blancos. Era la señora Umney, el ama de llaves, que había sido respetada en su puesto por la señora Otis, en atención a las reiteradas instancias de lady Canterville. La señora Umney, a medida que iban echando pie a tierra, les saludaba con una profunda reverencia y dijo de la manera más delicada, a la antigua

\* Nombre familiar que se da en Estados Unidos a la bandera nacional.

usanza: «Bienvenidos sean los señores al castillo de Canterville». Atravesaron tras ella el magnífico vestíbulo Tudor y entraron en la biblioteca, una habitación grande, baja de techo y revestida de roble oscuro, con una amplia vidriera al fondo. El té estaba servido y una vez que se hubieron despojado de los abrigos de viaje, se sentaron y comenzaron a mirar en torno, mientras la señora Umney les servía.

De pronto, la señora Otis percibió sobre el suelo, junto a la chimenea, una mancha de un rojo oscuro, y sin darse cuenta de lo que realmente significaba, preguntó a Mrs. Umney:

–Parece como si se hubiera derramado algo ahí.

–Sí señora –replicó la anciana, en voz baja–, se derramó sangre...

–¡Qué horror! –exclamó Mrs. Otis–. No está bien que haya manchas de sangre en un salón. Es preciso limpiarla inmediatamente.

La anciana sonrió y en el mismo tono quedo y misterioso añadió:

–Es la sangre de lady Eleanore de Canterville, que fue asesinada por su propio marido en ese mismo sitio, el año 1575. Sir Simon la sobrevivió nueve años y desapareció repentinamente del modo más misterioso. No se logró encontrar su cuerpo, pero su ánima en pena continúa rondando el castillo. La mancha de sangre ha sido muy admirada por los turistas y demás visitantes, pero es imposible hacerla desaparecer.

–Qué tontería –exclamó Washington Otis–. El quitamanchas Champion y detersorio modelo Pinkerton la hará desaparecer en el momento.

Y antes de que la aterrorizada anciana hubiera podido intervenir, hincóse de rodillas y comenzó a restregar el

piso con una barrita que parecía de cosmético negro. Al cabo de unos instantes, no quedaba el menor rastro de la mancha de sangre.

–Ya sabía yo que el Pinkerton era infalible –exclamó Washington en tono de triunfo, mirando en torno suyo a la familia, que le admiraba como convenía. Pero no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando un relámpago formidable iluminó el oscuro aposento y un trueno pavoroso les hizo a todos ponerse en pie estremecidos, en tanto que Mrs. Umney se desmayaba.

–¡Qué clima tan horrible! –dijo el ministro americano, encendiendo tranquilamente un enorme puro–. Supongo que estos viejos países están poblados tan excesivamente que no hay el buen tiempo necesario para todos. Siempre he pensado que la emigración es el único recurso para Inglaterra.

–Querido Hiram –exclamó Mrs. Otis–. ¿Qué vamos a hacer con una mujer que se desmaya?

–Cargárselo en cuenta con los platos rotos –contestó el ministro–. Te aseguro que no volverá a desmayarse.

Y, en efecto, pocos momentos después, Mrs. Umney volvió en sí. Pero no había duda que estaba extraordinariamente emocionada y con voz severa advirtió a Mr. Otis que se preparase a presenciar calamidades en el castillo.

–He visto, señor –prosiguió–, cosas con mis propios ojos que pondrían los pelos de punta al más cristiano y, durante noches y noches, no he podido dormir a causa de las cosas horribles que aquí suceden.

Pero Mr. Otis y su señora aseguraron a la buena mujer que no tenían miedo a los fantasmas y después de invocar las bendiciones de la Providencia para sus nuevos señores y preparar las cosas para una próxima petición de aumen-

to de sueldo, la anciana ama de llaves se dirigió con pasos vacilantes hacia su cuarto.

## II

Toda la noche rugió furiosamente la tormenta; pero nada de particular ocurrió. A la mañana siguiente, sin embargo, cuando bajaron a desayunar, se encontraron de nuevo con la terrible mancha de sangre sobre el suelo.

—No creo que sea la culpa del detersorio Pinkerton —dijo Washington—, porque nunca ha fallado. Debe ser el fantasma.

Frotó la mancha por segunda vez, pero sin mejor éxito, porque a la mañana siguiente la mancha reapareció. Y allí estaba la tercera mañana, a pesar de que Mr. Otis en persona cerró la biblioteca la noche anterior, llevándose la llave a su cuarto. Ello fue causa de que la familia en masa se interesase en extremo. Mr. Otis comenzó a sospechar que había sido demasiado dogmático al negar la existencia de los fantasmas; Mrs. Otis manifestó su intención de afiliarse a la Sociedad Psíquica y Washington preparó una extensa carta a los señores Myers y Podmore sobre la persistencia de las manchas sanguinolentas relacionadas con un crimen. Aquella noche se desvanecieron definitivamente todas las dudas que hubieran podido quedar respecto a la existencia objetiva de los fantasmas.

Había sido una jornada calurosa y soleada y, aprovechando el frescor del atardecer, toda la familia salió a dar un paseo en coche. No volvieron a casa hasta las nueve y cenaron ligeramente. La conversación no giró en modo alguno alrededor de los fantasmas; no había, por tanto, ni siquiera esas condiciones primarias de expectación y